

LA CAUSA

IV

NECESIDAD DE LA PRIMERA CAUSA O ACTO DE DIOS

Conclusión

La causa es indispensable para explicar de un modo aceptable a la inteligencia la aparición del ser participado y contingente en cualquiera de sus formas y grados, material y espiritual, substancial o accidental. Tal es así que Aristóteles decía que sólo se tiene ciencia de algo cuando se conocen sus cuatro causas: las dos intrínsecas —materia y forma— y las dos extrínsecas —eficiente y final—, y sobre todo las causas supremas y la Causa Primera que es Dios.

Ya hemos dicho de qué manera el empirismo, principalmente bajo su forma actual lógico-matemática o de filosofía analítica del lenguaje, se ha encasillado en un mundo de fenómenos verificables y en su expresión puramente verbal, se ha quedado en una epistemología del lenguaje como pura formulación de fenómenos, es decir, en un retorno al nominalismo, vacío de contenido conceptual real y trascendente, único capaz de dar sentido al verbo intelectual y al mismo lenguaje. Se quiere permanecer en un plano puramente de apariencias, vacío de realidad. Esta posición agnóstica no sólo es arbitraria —carece de todo fundamento—, sino también contradictoria, porque su formulación no se refiere a ningún hecho empírico verificable, y porque además tal formulación sólo se puede expresar con la inteligencia, cuyo objeto formal necesario es el ser trascendente, que la especifica y le da sentido, es decir, que sin intencionalidad trascendente la inteligencia ni siquiera podría actuar. Nada puede expresarse sino como un objeto real actual o posible trascendente. De aquí que si no deformamos a priori esta vida de la inteligencia y la ubicamos en su esencial apertura a su objeto formal que la especifica y da sentido y que no es otro que el ser trascendente, para su cabal explicación necesitamos echar mano de las cuatro causas.

Esta explicación del ser en sí mismo pertenece a las causas intrínsecas: del acto que le confiere el ser —esse—, y tal ser específico —la forma—, y de la potencia que recibe ese acto de ser —la esencia— o de la pura potencia —la materia primera—, que recibe el acto esencial de la forma.

Una vez especificada la esencia —por la forma— y llevada al acto de ser o existencia —por el acto de ser o esse—, el ser substancial es ontológicamente

enriquecido por nuevas formas accidentales: la cantidad de los seres materiales, y las cualidades tanto de los seres materiales como de los espirituales.

Pero no bastan las causas intrínsecas. Para explicar el origen de tales seres, así constituidos por potencia y acto, bajo su triple aspecto: de esencia y acto de ser —ser existente—, de materia y forma —la esencia—, y de substancia y accidentes —los seres existentes de tal o cual modo—; es necesaria la causa eficiente que los haga pasar de la potencia al acto, del no-ser al ser, y la causa final que haga posible la actuación de aquella causa eficiente y la dirija a un determinado objeto.

Pero las causas eficiente y final de los seres participados, finitos y contingentes —es decir, que pueden existir o no— para actualizar su acto de causa o causalidad —que es ya un nuevo ser y da origen a una nueva existencia— es menester la intervención de la Primera Causa, que existe por sí misma y que, por eso, no recibe el ser ni su causalidad de ningún otro ser, sino que es el mismo Ser o Acto Puro de Ser. Sólo por participación inmediata del Ser en sí, puede llegar a ser otro ser en sí mismo y en sus causas inmediatas. Toda causa participada, que no es sino que llega a tener su acto, necesita ser movida o actuada por la Causa primera, que está siempre en acto, porque es el Acto Puro de Ser.

En última instancia ontológica, aunque los seres finitos y contingentes posean existencia en sí mismos con las causas inmediatas intrínsecas y extrínsecas que los determinan como tales seres, exigen un Ser en sí o Acto Puro de Ser, fuente originaria o Causa Primera o inmediata de todo ser fuera de Ella, que por eso es esencialmente participado o causado.

He aquí cómo se expresa Santo Tomás sobre la necesidad del Ser en Sí, como Causa Primera inmediata de todo otro ser: “Todo lo que conviene a una cosa, o bien es causado por los principios de su naturaleza —causas intrínsecas— como lo risible en el hombre, o bien le adviene por un principio extrínsecos, como la luz al aire por influencia del sol. Y no puede ocurrir que el acto de ser —esse— sea causado por la propia forma o quiddidad —la esencia— de la cosa, quiero decir, como si ella fuera causa eficiente, porque en este caso la cosa —la esencia— sería causa de sí misma y se daría la existencia o acto de ser a sí misma lo cual es imposible. Por lo cual, es necesario que toda cosa cuya existencia o acto de ser —esse— sea distinto de su naturaleza —esencia—, tenga la existencia —esse—, por otro. Y puesto que todo lo que existe por otro se reduce a lo que existe por sí mismo como a una Causa primera, es necesario, por consiguiente, que haya alguna cosa que sea causa de ser de todas las cosas, porque ella misma es sólo Ser o Existencia —Esse—; de otro modo habría que recurrir a una serie infinita de causas, ya que toda cosa que no es sólo existen-

cia —compuesto de esencia y existencia— tiene una causa de su existencia, como se ha dicho^v (De Ente et Essentia, c. V, 4).

Brevemente, todo ser contingente puede existir o no, su esencia no es su acto de ser o existencia y, por consiguiente, para ser o existir la esencia tiene que recibir su acto de ser o existencia de otro ser que ya exista —su causa—. Pero como en la serie de causas no se puede ir al infinito, pues en tal caso la causalidad no habría comenzado ni, por ende, tampoco habría llegado a su término, al ser que comienza a existir, es preciso llegar a una Primera Causa, que cause sin ser causada, confiera el ser sin recibirlo y que, por ende, sea la misma acción de causar y, por eso mismo, el mismo Acto de Ser, ya que toda acción en acto —como la causalidad— implica el acto de ser, sin el cual no sería. Si, pues, esta Primera Causa está en acto por sí misma o es la acción misma de causar, a fortiori es el Acto de Ser, el Acto Puro de Ser, al que llamamos Dios.

Pero esta Causa primera no es sólo causa del ser que comienza por vez primera a existir, de la esencia que inicia su existencia desde la nada —Creación—; debe seguir actuando para que ese acto de ser o existencia se conserve en la esencia, ya que ésta nunca es ni exige el acto de ser o existir, es contingente u ontológicamente indiferente para existir o no. Por eso el Ser supremo no sólo ha de conferir, sino también mantener (conservación) el acto de ser en la esencia.

Más aún, todo nuevo ser que se produce por la intervención de las causas creadas o participadas —causas segundas— implica la intervención inmediata del Ser en Sí de Dios. Porque toda causa segunda está en potencia para actuar, ha de pasar de la potencia al acto, del poder obrar al acto de obrar. Esta es, primeramente, una verdad empírica: así sucede de hecho con todas las causas segundas. Pero es además una verdad a priori, tiene que ser así y no podría ser de otro modo. Porque si el ser permanente de una causa —que es su forma o acto esencial— estuviese identificado con el acto segundo del obrar, como éste implica esencialmente el acto de ser o existencia, la esencia estaría identificada con el acto de ser o existencia y, por eso mismo, sería Dios: porque precisamente sólo Dios es el Ser cuya Esencia es su Acto de Ser o Existencia. Un ejemplo: si el alma que es la forma o acto esencial del hombre —lo que hace que el hombre sea hombre— estuviese identificada con su acto de entender, es decir, fuera por sí misma entender, como este acto implica esencialmente el acto de ser o existencia —si no no sería del todo—, el alma o el acto de la esencia estaría identificada con el acto de ser o existencia, sería Dios.

Por consiguiente, de facto y de iure toda causa segunda está en potencia para su acto, ha de pasar de la potencia al acto para obrar.

Ahora bien, nada puede pasar de la potencia al acto, del no ser al ser por sí mismo, pues para ello tendría que poseer el acto para dárselo a sí mismo, y no tenerlo para poder llegar a tenerlo. Este tránsito de la potencia al acto, sólo puede provenir de otro ser en acto y, en definitiva —supuesto el absurdo de la serie infinita de causas— de un Ser que exista por sí mismo o sea el mismo Acto de Ser, Dios.

Por eso, sin negar la causalidad de las causas segundas —ver capítulo primero de este trabajo— ellas no pueden actuar sino bajo la influencia del Acto Puro de Ser, que las premueve o pone en acto de causar.

Esta intervención del Ser en sí o Causa primera en toda actuación de las causas segundas o participadas es siempre inmediata, porque aunque una causa segunda pueda mover a otra, no lo puede hacer según lo dicho, sin pasar de la potencia al acto; y para ello necesita ser premovida siempre por el mismo Ser que es Dios.

En definitiva, el ser o es Dios o es sólo por la acción inmediata de Dios. Porque el ser contingente, cuya esencia no es ni exige la existencia, por esa misma razón no puede llegar a darse a sí mismo la existencia, sino que la ha de recibir siempre del ser que es el mismo Acto de Ser, Fuente y Causa infinita de todo ser. Por eso, siempre que se crea un nuevo ser o se conserva él en la existencia, o aumenta su ser por su causalidad propia, es necesaria la intervención inmediata eficiente del Ser o esse, que dé razón de ese nuevo ser. El ser participado es siempre contingente en su ser y obrar, nunca es la existencia ni la exige esencialmente. Por eso, el acto de ser o existencia que hay o se produce por las causas contingentes o segundas, supone siempre la intervención inmediata y eficiente del Ser en sí, único poseedor por esencia del Ser y único capaz de hacer pasar de la potencia al acto a las causas participadas. Todo otro ser, fuera del Ser en sí, únicamente puede ser por participación inmediata de este Ser en sí (Cfr. mi obra, "Estudios de Metafísica y Gnoseología", tomo I, Metafísica, caps. IX y X, U.C.A., Buenos Aires, 1985).

Las cinco vías o argumentos de la existencia de Dios no hacen sino expresar la necesidad de la Existencia o Ser en sí de Dios para dar razón del ser contingente, que, ni siendo ni exigiendo el acto de ser o existir, de hecho lo ha llegado a tener y lo conserva y lo aumenta en su propia actividad. Sólo de la Fuente del Ser, del Ser que es el puro Ser puede provenir todo otro ser contingente, que ha adquirido, conserva y aumenta su ser (Cfr. op cit., cap. VI).

Por otra parte, esta intervención causal inmediata de la Causa Primera no puede ser por emanación, porque el Acto Puro de Ser, por su concepto, es simple, no tiene partes, no puede dividirse ni emanar. Tampoco puede ser por in-

formación, *pues el Acto puro no puede mezclarse con potencia pasiva o receptibilidad alguna, pues dejaría de ser Acto Puro.*

Esta intervención causal inmediata de Dios es por causalidad eficiente primera y final última. Dios es el origen causal eficiente primero, la Causa eficiente primera.

Por otra parte, esta Causa Eficiente Primera no puede tener otro fin último que ella misma, pues de lo contrario dependería y sería causada por la criatura, lo cual se opone al Ser en sí, que por esencia es increado e incausado.

De aquí que Dios, aunque cree e intervenga en el mundo contingente de un modo libre, cuando crea o interviene en él, lo ha de hacer teniendo necesariamente a sí mismo como Fin último, el cual para Dios no es Causa Final propiamente tal, sino sólo Razón Final de ser, porque en Dios todo es incausado. Si, pues, Dios es el último Fin o Razón Final de toda comunicación del ser a los entes contingentes y, por otra, no puede adquirir nada de ellos —pues es infinito— sólo resta que Dios comunique el ser a los entes contingentes para que participen de su ser y lo manifiesten, es decir, para su gloria.

Dios no puede crear para adquirir algo, pues es infinito, sino sólo para dar, para hacer partícipes y manifestar su ser en otros seres.

A los seres contingentes corporales, hasta el animal inclusive, Dios los ordena a este fin divino: participación y manifestación del Ser Divino —su gloria— de un modo inconsciente y necesario, por las leyes naturales: físicas, químicas, biológicas e instintivas. Estos seres participan del Ser divino y lo manifiestan sin saber ni proponérselo consciente y libremente, sino de una manera inconsciente y necesaria —gloria material de Dios—. Así una flor o una montaña o un torrente participan del Ser de Dios —de su Verdad, Bondad, Belleza— sin saberlo ni proponérselo. Están ordenados así por el mismo Dios con estas leyes necesarias para que su actuar manifieste y participe el Ser, Verdad, Bondad y Belleza de Dios.

En cambio, al hombre Dios lo ordena a su gloria formal, para que consciente y libremente participe de su Ser, Verdad, Bondad y Belleza y lo manifieste por el conocimiento y el amor y el sometimiento a su Voluntad. Conforme a su naturaleza espiritual y libre, Dios ordena al hombre a su fin —la gloria formal de Dios— y al cumplimiento de sus preceptos.

De este modo Dios, quien para sí no es Causa Final —por ser incausado—, sino sólo Razón de ser Final, para la criatura tanto irracional como racional, es Causa Final: a la que está ordenada, en un caso por leyes naturales necesarias dentro de un determinismo causal y, en otro, por la ley moral, de acuerdo a la naturaleza espiritual, inteligente y libre, como es la del hombre.

De este modo, el Acto Puro de Ser de Dios es la Causa eficiente Primera, de donde brota y es causado todo ser finito o participado; y es a la vez Causa final última a la que este ser finito y contingente retorna para encontrar en El, consciente o inconscientemente, necesaria o libremente —según se trate de la criatura material o espiritual— su plenitud de ser, de acuerdo a su propia naturaleza.

MONS. DR. OCTAVIO NICOLÁS DERISI